

DIANA SARTORI

Un vínculo sin legado.*

En el diálogo sin fin

Si puedo estar aquí ahora tomando la palabra, invitada a hablar del diálogo con la madre, estoy segura de que lo puedo hacer gracias a un círculo virtuoso de diálogo, de palabras junto con relaciones que, en último término –o sea, en su origen primero y, a la vez, en su último horizonte-, se remonta al diálogo mismo con la madre. Esta es una afirmación contingente, son palabras que me afectan precisamente a mí, en carne y hueso y espíritu, precisamente ciertos acontecimientos, circunstancias de mi vida, precisamente algunas relaciones particulares y concretas, precisamente mi diálogo con la madre y, precisamente, mi madre, ella. Pero, al mismo tiempo, en esta afirmación, en estas palabras, hay además algo que trasciende todas estas contingencias. Lo cual mueve, a su vez, la búsqueda de sentido que está en el corazón de este dialogar.

Con esto adelanto ya gran parte de lo que quiero decir, y que tiene que ver con la relación con la madre y el diálogo con ella en tanto que ambos atañen a lo que es contingente y a lo que trasciende la contingencia, iniciando a la estructura primaria de la presencia en el mundo dentro del orden de la diferencia, de la apertura a ser y de la

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

relación. Dicho así, es realmente enrevesado y oscuro, y no responde tampoco bien a la invitación a hablar del diálogo con la madre y de su herencia, partiendo de la experiencia del diálogo con la madre viva. Y, sin embargo, ha sido la atención al diálogo real y presente con mi madre, movida por esa invitación, lo que me ha llevado a este difícil intento de nombrar.

En mi mente, esta complicada formulación se corresponde más o menos, en la elaboración del lenguaje filosófico, con lo que en la lengua común dice que nuestra madre, que nos trae al mundo, nos enseña también a "estar en el mundo". Lo cual, bien mirado, equivale a decir que la relación con la madre viene antes de un mundo en el que, sin ella, no estaríamos ni sabríamos estar. Contingencia que en el mundo del orden simbólico del padre está destinada a seguir siéndolo o, mejor, que ese orden manda trascender en nombre propio, ya que solo este abre a la trascendencia, hasta el punto de que casi diría que la trascendencia resulta ahí equivalente al acceso al orden simbólico paterno en tanto que promete liberar de la dependencia de ese primer origen contingente. Es este un dispositivo que el pensamiento filosófico y político de las mujeres ha ilustrado bien, nombrando la genealogía femenina y su cancelación, la autoridad de la madre, indicando el horizonte de una trascendencia femenina, el orden simbólico de la madre, la necesidad de reconocer la obra materna, la importancia crucial de esa primera relación, y las prácticas simbólicas orientadas hacia el orden materno como mediadoras de la libertad femenina.¹ Son palabras, prácticas y relaciones a las que debo también la restitución del diálogo con mi madre y de su sentido. Son estas las contingencias a las que aludía al principio, y gracias a las cuales he sido llevada a reanudar ese diálogo contingente para poder tomar la palabra en un diálogo que lo trasciende. Desde entonces, y ahora puedo reconocer que también desde antes, ese diálogo no tiene fin. El diálogo con la madre no termina nunca porque es el inicio mismo de nuestro hablar: en el diálogo con ella empezamos a hablar, empieza el lenguaje, el diálogo con los demás hablantes y con nosotros mismos.

Un vínculo o ligazón sin legado

Un momento determinante, para mí, de este dialogar y del intento de reconocer su origen reconociendo sus palabras, sucedió hace ya bastantes años, cuando, a mitad de los noventa, estuve trabajando, con Diótima, en torno a la autoridad de la madre, para escribir el libro que se titularía *Oltre l'uguaglianza*.² Preguntándome sobre la dificultad de hablar de autoridad, y sobre la dificultad femenina de reconocer la autoridad de origen femenino, me encontré escribiendo la cosa más difícil que he escrito nunca. Ya había tomado antes la palabra en la escritura, y sabía ya que la principal dificultad que comportaba era la autoridad: incluso lo había escrito. Pero aquí no se trataba ni "solo" de transgredir la autoridad simbólica paterna ni de reconocer la autoridad femenina de autoras muertas o lejanas, y ni siquiera de las que estaban bien vivas y cerca. Tenía que restituir la palabra a la primera autoridad materna de la manera en que la había conocido en mi experiencia, la que me había hablado con la voz de mi madre, y restituírla la palabra en el lugar de mi hablar, que es la filosofía y la política de las mujeres. El resultado fue un texto que me costó mucho, pero del que recibí mucho más. Recibí, precisamente, esa reapertura de la espiral de la riqueza simbólica que reinstaura la vida y el sentido, de la cual habla Chiara Zamboni diciendo que es la reanudación de la apertura originaria del don de la madre.³ Una reinstauración vital del diálogo con la madre, sea el diálogo con mi madre o sea el que en nombre de la madre están entablando tantas mujeres, y para el cual no tengo un nombre, a no ser quizá precisamente el orden simbólico de la madre que se delinea desde las palabras y las vidas puestas en el movimiento de las relaciones.

Tuve muchas respuestas a esas palabras, y muchas preguntas posteriores, muchos replanteamientos: reacciones distintas, acuerdos, y también desacuerdos y muchos rechazos hostiles. Lo que entonces nombré, frente al ideal moderno de autonomía como salida del estado de minoridad y corte con la autoridad sintetizado por el imperativo moral kantiano que impone que se actúe según el criterio

de lo universalizable, era el imperativo que me prestaba la autoridad de mi madre, que me decía que “actuara siempre como si ella estuviese presente”. Con esto se nombraba la autoridad de la relación con la madre como primera autoridad, y la libertad era vinculada con el reconocimiento de la autoridad en el mantenimiento de la relación, no entendida como autonomía o corte de todo vínculo de dependencia y de autoridad. Esto era posible, en mi opinión y en mi experiencia, porque la autoridad de la madre no incluye los contenidos positivos que le damos a nuestra libertad, sino solo la relación de referencia simbólica a la madre, que invita a seguir teniendo presente aquel diálogo primero. El orden materno no ordena contenidos o fines, sino la relación misma de autoridad con la madre.⁵

Pensaba que, con esto, conseguiría dar un salto doble. Que, por un lado, me apartaría de las garras del concepto de autoridad que me había sido transmitido en el horizonte de la modernidad, a un tiempo universal, abstracto y solidario con el orden paterno. Por otro, que apartaría la referencia a la autoridad materna de la repetición de los roles y de los valores tradicionalmente asumidos por las mujeres en la historia del patriarcado; salvaguardando, así, la libertad femenina pero sin separarla de su origen en la autoridad de la madre para perseguir el espejismo de autonomía absoluta en el rechazo de todo indicio de dependencia.

La dificultad que preveía –por la hostilidad femenina a reconocer la autoridad de la madre– no tardó mucho en manifestarse. Lo hizo enseguida, la primera vez que presenté el trabajo en el seminario anual de Diótima. Se repitió después, de maneras distintas, pero quiero contar esa primera, porque su dureza plantea la cuestión en su forma extrema. Una mujer se levantó casi inmediatamente, muy enfadada, y, hablando de la libertad que debe cortar la dependencia de la madre, dijo que no había oído nunca tantos y tan increíbles disparates, y que no habría esperado jamás que oiría, allí, semejante “provincialismo umbilical”. No encontré palabras para responder, porque en la cara tenía las señales de una drogodependencia.

Es un episodio extremo —decía—; afortunadamente, la batalla femenina contra el fantasma amenazador de la dependencia de la autoridad de la madre sigue, por lo general, caminos menos dolorosos. Aunque, a veces, más, a veces menos vistosos, pero siempre, —me temo— dañinos y causa de sufrimiento. Estoy convencida de que el no reconocer lo que le debemos a la madre, la deuda de reconocimiento que tenemos con ella por el don inicial de la vida y la palabra, tiene, en todo caso, un costo, de la misma manera que en todos los casos hay que hacer cuentas con la propia naturaleza humana y la dependencia que la marca. Sobre esto, sin embargo, volveré más adelante; ahora quiero seguir el hilo del discurso acerca de la dificultad femenina para reconocer la autoridad materna, y acerca de la hostilidad, anclada en el resentimiento, cuya forma tantas veces toma. En estos años me he hecho muchas preguntas sobre las reacciones que tuve cuando nombré el “imperativo de mi madre”, y sobre otras parecidas que se daban ante lo que Luisa Muraro llama el “saber amar a la madre”, y también ante las palabras sobre la autoridad materna que procedían del pensamiento de Diótima y del trabajo de las mujeres de la Librería de Milán. Con frecuencia, estas reacciones me parecía que se organizaban como atraídas por dos polos opuestos, de ambos de los cuales me sentía rechazada. Uno de adhesión grande e inmediata, en el deleite de un reunirse con la madre como el lugar lleno de bien que hay que reconocer, recobrar y honrar en su herencia y en su enseñanza, finalmente acogida. El otro de un rechazo igual de inmediato, en nombre de una individuación femenina libre contraria a una enseñanza materna vivida como aplastante e inductora de un papel femenino esencialmente no libre, que repite la subordinación al orden paterno. A esto pensaba que ya le había encontrado una respuesta: las dos reacciones contrarias confundían dos planos que había, en cambio, que separar, el del *vínculo o ligazón* con la madre, y el del *legado* de la madre. El de la relación de autoridad con la madre, la relación que orienta el orden simbólico de la madre en el signo de la libertad femenina, y el de los contenidos transmitidos en la relación contingente, históricamente determinada, con la madre real y con la figura

del papel materno diseñada en el orden paterno. El del diálogo con la madre y el de las palabras que ese diálogo vehicula. Es decir, la adhesión y el rechazo me parecían productos especulares de la incapacidad de distinguir la relación materna y la naturaleza de su autoridad, de los contenidos y de los fines efectivamente enseñados o sugeridos durante la experiencia de esa relación. La función autorizadora de la relación con la madre –respondía yo– viene antes de los contenidos que toma y que efectivamente se da, es constitutiva de la libertad y no depende de los fines que se dará la libertad. Precisamente por esto, la autoridad de la madre y la libertad femenina están vinculadas y no contrapuestas. Se trata de una relación abierta, insaciable o, como ha dicho recientemente Milagros Rivera con una expresión perfecta, de una *relación sin fin*.⁶

Estas respuestas las sigo considerando válidas; en ellas me parece que está lo esencial. Sin embargo, en estos años, ante la repetición de reacciones de la índole que he descrito, sobre todo de hostilidad, he empezado a pensar que había que tomar más en serio tanta obstinación femenina, que indicaba algo importante y sugería un límite verdadero de la elaboración. Me decía, y lo decían también otras, que algo no había sido pensado a fondo, y este algo era lo *negativo* de la relación con la madre. Lo que en un lado ocupaba toda la escena de la relación, en el otro era quitado completamente del escenario. Había, en cambio, que dejarlo en el escenario si se quería ver la escena en toda su realidad, con claridad de visión, en sus detalles, y no completamente vaciada y oscurecida ni tampoco espléndidamente deslumbrante. No lograba, sin embargo, concentrar la mirada con más atención, porque tenía la firme convicción de que lo esencial era el propio escenario, no lo que allí pudiera ocurrir, incluidas las luces y las sombras. No me moví nada de esta convicción, lo confieso; sin embargo, la petición que me ha hecho Duoda de que piense en el diálogo con la madre, y con la madre viva, me ha llevado a un desplazamiento de la mirada que me ha obligado a considerar todo el escenario desde una perspectiva distinta. Esto ha podido suceder precisamente después del diálogo con mi madre.

En la escena del diálogo con mi madre

Entre las reacciones a lo que había dicho sobre el imperativo materno, algunas me habían chocado mucho porque se situaban netamente en el registro del juicio sobre mi experiencia personal de relación con mi madre. También estas tendían a tomar tonalidades extremas u opuestas: por un lado, la imagen de una relación idílica, de tranquila continuidad de la genealogía madre-hija, por la que era considerada afortunada; por otro, en cambio, la imagen repulsiva de una educación autoritaria y aplastante, obra de una madre supercontroladora, a la que no habría sabido tener a raya y que explicaría bien una personalidad dominada por los efectos nocivos de un superyo exigente e intratable. No puedo —yo— decir si estas imágenes dan en la diana o si son, a su vez, la proyección del cuerpo-a-cuerpo con la madre que oscila como un péndulo entre la vuelta al nido y el rechazo, que ha nombrado Irigaray.⁷ Solo puedo dar testimonio de una relación y de un diálogo que no son ni todo un paraíso terrenal ni un infierno en la tierra, sino el terreno accidentado de una relación vital. Esta relación y este diálogo, reales y concretos, desde un cierto momento en adelante empezaron a interactuar con las relaciones y el diálogo que se daban en el lugar de esa práctica de pensamiento y práctica política de las mujeres que puso en su corazón precisamente el partir de sí.⁸

Desde ese momento, la reanudación y el avance del diálogo con mi madre pusieron en marcha un desplazamiento, un viaje nuevo. Uso esta imagen deliberadamente, pues algunos viajes auténticos con mi madre han constituido etapas importantes de ese viaje. Momentos —creo— propicios para el diálogo, a causa de una analogía con lo que decía del ser la relación con la madre prioritaria con respecto a lo contingente que la sustancia. Haciendo juntas un viaje, nos separamos de los lugares dados, de los referentes rutinarios y familiares del horizonte que ha configurado nuestra vida, de los papeles fijos, y esto ayuda a que la relación se vea en lo esencial, el permanecer de nosotras dos juntas en el mutar de los lugares y de las circunstancias

contingentes. Al salir este verano para el último de estos viajes, deseado y en un período difícil para las dos (la reciente pérdida de dos de sus hermanas y su preparación para la futura falta de mi abuela, enferma y muy vieja, y por mi parte una separación reciente), tenía en la cabeza una gran cantidad de preguntas abiertas, muchas estimuladas precisamente por la invitación a escribir sobre el diálogo con la madre. Pensaba, por un lado, en el nudo sin elaborar de lo negativo; por otro, en la cuestión de cómo la transmisión de la lengua materna abre a la trascendencia de la comunidad de hablantes de una lengua, también cuando elige enseñar una lengua distinta de la original de la propia madre, un tema querido de Milagros Rivera, que me lo había propuesto. Planeaba preguntarle a mi madre sobre la experiencia vivida por ella sobre esta elección de la lengua, tanto sobre la enseñanza recibida de su madre como sobre la que ella me había dado a mí. Ella y yo hablamos italiano, no la lengua regional —el dialecto— de los sitios en los que crecimos, su Romaña y el Véneto de mi padre. Su madre, que hablaba habitualmente el romañés, decidió hablarle a ella en el italiano “oficial”, y ella me lo transmitió como lengua madre, y lo hizo en el lugar al que había sido trasplantada por matrimonio, donde todos a mi alrededor hablaban véneto. No he hablado nunca una palabra de véneto, aunque lo entiendo, no me adaptaba a la lengua en la que se me hablaba, esperando, si acaso, que fueran los demás quienes se adaptasen. La mía era más fuerte; no solo era de mi madre sino que esta fuerza la reforzaba la educación escolar, poniéndome en una situación de ventaja: me imagino que sería este cálculo de mayor fuerza lo que impulsó la opción de cambiar que hizo la abuela.⁹ Con la fuerza, sin embargo, aprendí también la desconfianza hacia las lenguas distintas de la materna, a las que no había sido autorizada, y todavía hoy me resulta difícil hablar otras lenguas, aunque las entienda cuando veo las palabras escritas. Dialogábamos sobre esto, lo que había sucedido en estas transmisiones de madre a hija, en esos primeros diálogos, de las decisiones tomadas, los sentimientos, quizá los móviles, sus efectos positivos y negativos. En resumen, las contingencias en las que se había puesto en juego, en esta cadena

genealógica, la relación materna. Era un dialogar, como siempre, tenso, constantemente como en el filo de la navaja, la navaja del posible juicio, naturalmente. Nombrar en el diálogo esas contingencias, esas opciones, esos acontecimientos, evocaba otros, y se evocaban así también fantasmas de juicio: buena o mala madre, buena o mala hija. Y, a la vez, el miedo de que el juicio sobre las contingencias de la relación, sobre su historia concreta, pudiera trastornar nuestra propia relación, aplastándola contra ellas, y contra la fantasía (quizá no actuada en el conflicto abierto pero sin duda en el sufrimiento) de un ajuste de cuentas.

Por eso, no he pensado tanto en la trascendencia en la transmisión de la lengua como en la estructura de trascendencia que me indicaba la contingencia presente, y en la carga de negativo que se mezclaba con ella. He dicho antes que consideraba que lo negativo implicado en la relación había que atribuirlo propiamente al contenido de la relación, y que era, por tanto, posible -aunque no fácil-, superarlo en lo superiormente positivo del reconocimiento de la relación misma, haciendo una distinción entre los dos planos que, en nuestra experiencia, se han dado juntos. En ese momento, con mi madre presente, y no "como si estuviera presente", esa mezcla se me apareció, en cambio, en toda su dimensión necesariamente trágica. Digo trágica en el sentido fuerte del término, que la filosofía que tantas veces lo ha traicionado, ha reconocido en el sentimiento trágico de la cultura griega clásica. Recuperando la imagen usada antes de un escenario de la relación materna distinto de lo que en él se representa, podría decir que vi que, en ese escenario, cualquier cosa que se representara sería trágica: una experiencia determinante e irrepetible, que comportaría, por eso mismo, el paso por un sufrimiento ineludible. Hablaba de un negativo en la relación con la madre testimoniado por una resistencia femenina fortísima al reconocimiento hacia ella, siendo una dificultad extrema el hecho de que lo negativo es un obstáculo tan grande y duro que no se consigue superar. Ahora pienso que, a pesar de la magnitud del obstáculo de lo negativo, hay algo más, más grande, o anterior, que es la verdade-

ra dureza de la dificultad. Ese algo que es el verdadero obstáculo ya no lo llamaría lo negativo de la relación con la madre sino, si acaso, lo *terrible* que le es propio. No tengo una palabra mejor, quizá tremendo o, quizá, precisamente, trágico. Este terrible tiene que ver con el ser la relación con la madre que nos ha traído al mundo, y el diálogo con ella, lo que nos inicia en el estar en el mundo, el lugar primero que nos da la estructura fundamental de nuestro ser en el mundo por lo que concierne a la contingencia y que esta abra un más de trascendencia, aunque permaneciendo, insuperablemente, contingente. En una mezcla en la que las dos se median pero no se resuelven la una en la otra.

Me doy cuenta de que mi dificultad se convierte en dificultad de la lengua; así que vuelvo a la escena del diálogo con mi madre. Estábamos sentadas una frente a otra, dialogando, en presencia una de la otra, precisamente ella y precisamente yo y, por más que nos llegáramos a hablar, algo se nos habría escapado siempre, algo que nos trascendía a las dos y a nuestra relación. Quizá porque estaba detrás de nosotras, en una dimensión que ha sido, de una vez para siempre, esta. Ciertamente, está el tiempo, lo que ha sido, para bien o para mal, no es revocable, está asignado a una contingencia como intocable, más allá de la voluntad, de lo que se puede hacer y repetir. Ella ya no es aquella, yo ya no soy aquella, madre, hija. No es ella y, sin embargo, es ella presente, insustituible, he pasado precisamente a través de ella y tengo que volver a pasar, aunque ahora ya no sea ella. En mí está presente algo que no está en sus manos, pero lo ha estado, yo misma en sus manos. Por eso no son solo las cuentas del tiempo las que no se pueden saldar y las que muestran que lo contingente no reposa en la coincidencia consigo, sino que empuja más allá. Hay otra imposibilidad no saldable en la relación, sea en el tiempo o de otro modo. La que procede del ser ella la madre, yo la hija. Lo que he recibido de ella, vida y palabra, es un desequilibrio positivo que instaura una deuda que no es saldable. De aquí nuestra necesidad del reconocimiento, y de saber amar a la madre, ha escrito Luisa Muraro. Sí y, sin embargo, el obstáculo de la madre

concreta sigue siendo grande,¹⁰ lo negativo vivido en la relación con ella puede ser insuperable. Lo que estoy diciendo tiene continuidad con esto, y está cerca de lo que sostiene sobre el ser la madre natural también siempre una “sustituta” de la madre, y de la necesidad de encontrar luego una sustitución “sin sustitutos”, una restitución de la que ve un primer ejemplo en la lengua.¹¹ En el diálogo con la madre que he relatado, lo que me pareció comprender, en un modo que no había comprendido antes tan profundamente, fue que la extrema dificultad de acoger esta sustitución, y de hacer sustituciones que restituyan, es ella misma un don que se tiene en la relación con la madre: el mostrar la estructura primaria de la relación que contiene contingencia y trascendencia. Que algo que trasciende lo que es contingente se abre en esto: que aquello por lo que se usan palabras como necesidad, absoluto, otro, divino, infinito, viene al mundo en este mundo, en la casualidad, finitud, materialidad concretísima y puntual, quizá pobreza y dolor puntual. Es, en resumen, el don del encuentro con la condición humana y mundana, la apertura a la vida de lo que está ahí y nos trasciende, sin que se pueda trascender lo que está ahí, si no es mediante ello, atravesándolo. Dicho así, suena terrible y, efectivamente, ese don es una iniciación a algo que es terrible —si es esta la palabra—, y es ello mismo terrible, aunque sea simplemente lo que es la vida ordinaria de todos los días, que mueve nuestros pasos, también los más pequeños. Que no moveríamos ni podríamos medir si no hubiésemos tenido un primer punto de apoyo y de medida. Apoyo absoluto y medida no medida que entraron así, de una vez para siempre, en nuestra vida, porque entramos en la vida por vía de ellos, por más que fueran plenamente del orden de lo que es relativo a la contingencia. Lo que es contingente y lo que no lo es, y así lo que es absoluto y lo que es relativo, lo que es medido y la medida, el metro de juicio y el juicio concreto se dan al principio juntos dentro de una relación, o, más bien, nos vienen dados en el estar nosotros mismos dentro de la relación que nos trae al mundo. Lo cual, es bien posible decir que tiene que ver con el sentimiento de la trascendencia, que nos pone en contacto con lo que hay en nuestro estar en el mundo que

debemos a un desequilibrio originario y primero que nos fue dado en un don insalvable, instaurando el vínculo de una deuda que no se puede saldar en un ajuste de cuentas, pero con la que hay que hacer cuentas. Porque nuestra libertad, es decir, aquello por lo que podemos nosotros mismos trascender nuestra contingencia, se abre precisamente cuando se reconoce la deuda de nuestra dependencia originaria y de lo que recibimos como dado y como don.

Me parece que está aquí la raíz de la extrema dificultad que marca el vínculo entre libertad y autoridad de la madre. Para con la madre, la deuda es tan grande e incolmable, insalvable, que puede resultar tan terrible como para despertar un sentimiento que solo puedo comparar con el sentimiento que despierta la oración "Padre nuestro" cuando dice *perdónanos nuestras deudas*. La deuda es tan inconmensurable que no se puede resarcir, y es tremendo el miedo de que, de alguna manera, quien ha hecho del don pueda exigir su pago. Entiendo el miedo que puede dar y me imagino —yo, que no soy creyente— que es por esto por lo que se llama a Dios con el nombre de Amor, porque solo al amor se le puede pedir que sepa perdonar semejante deuda. Por lo que yo sé, o no puedo más que esperar, el amor materno es precisamente de esta índole: da y nos perdona la deuda. Lo que no quiere decir, en absoluto, que sea gratuito.¹² Sino que es una gracia de este mundo y, a un tiempo, lo trasciende; es plenamente humano pero en la apertura que trasciende lo humano: es un umbral de la trascendencia, tanto que alguna ha opinado que habría que usar un nombre divino para hablar de la madre. Por mi parte, no creo que haya que levantar los ojos tan alto sino que basta y sobra con acercarlos a los que atraían nuestra mirada en el diálogo en el que empezamos a usar los primeros nombres, el suyo y los del mundo a nuestro alrededor que ella nos enseñaba y nombraba.

Vuelvo así, finalmente, al diálogo con la madre y a la apertura a la trascendencia que en él se da. Lo ya dicho del equilibrio y de la deuda con que se abre la condición humana es válido también aquí.

Es un diálogo que nace desequilibrado, se nos dirige la palabra, se nos da, nuestra madre nos habla en primer lugar, nos inicia a la palabra. Empezamos escuchando, recibiendo la palabra como la vida, un primer don: en primer lugar nos es dado algo. Tanto en la lengua como en la vida entramos mediante este desequilibrio. De una vez para siempre, y nunca volverá a ser lo mismo. En este inicio de vida y de palabra se da también el principio del vivir y del hablar. Los dos juntos, mezclados, en esa mezcla de contingencia con lo que la trasciende.

Durante muchos años, antes de encontrarme con la práctica filosófica que he aprendido en Diótima, le dediqué energías al estudio del pensamiento de Wittgenstein, porque en ninguna otra aproximación al mundo y a la lengua había encontrado tanta correspondencia: ahora entiendo que lo que en mí respondía era el intento de restituirle autoridad a la lengua materna, al lugar primero del diálogo con la madre, en cuyo camino me resituaban indirectamente algunas de sus indicaciones. Usaré brevemente el ejemplo de su itinerario sobre el lenguaje. Durante toda su vida, Wittgenstein se interrogó, cambiando profundamente de opinión, sobre el lenguaje y su lógica, y sobre la relación entre el lenguaje común que usamos y la lógica misma del lenguaje. Lo que habitualmente se considera el giro de su pensamiento se refiere al abandono del ideal de encontrar una lógica perfecta del lenguaje, trascendental y casi sublime, un "superorden" entre "superconceptos": por este camino se acaba en una "placa de hielo en la que no hay rozamiento", y, en cambio, si se quiere andar es necesario volver al "terreno escabroso" de los diversos juegos lingüísticos concretos en los que aprendimos efectivamente a hablar la lengua común. En el lenguaje hay, no obstante, una diferencia entre las proposiciones empíricas y las "gramaticales", lo que constituye la estructura profunda, el lecho del río del fluir de nuestro lenguaje, y que hace de referente, de metro de medida para lo que empírica y contingentemente medimos y decimos. Sin esta diferencia, no habría una bisagra fija, y la puerta de la palabra no se abriría nunca. Hay siempre, por tanto, algo que va más allá de las proposi-

ciones, de los juicios, de las medidas contingentes, que los trasciende y los hace posibles. Que hace de sostén, de fundamento, de criterio, y para el que Wittgenstein habla de una certidumbre que es presupuesto del dudar mismo. Y esto lo aprendemos con el propio lenguaje, aprendiendo a hablar en la infancia. Pero no se aprende primero la gramática, el criterio, la regla del juicio general y, luego, se aplican a los diversos acontecimientos concretos. La regla del juzgar trasciende los juicios. En la relación de confianza con quien nos enseña, aprendemos directamente los juicios, y no la regla, directamente a medir y no el metro de medida.¹⁴ Las dos cosas juntas, en una mezcla que no significa que no haya una diferencia.

Así es para la relación materna, en el darnos la palabra y en el enseñarnos a estar en el mundo: nos inicia al juzgar en cuanto constitutivo del juicio, y al hablar en cuanto constitutivo del lenguaje. Nos enseña juicios concretos, contenidos y fines contingentes, pero la relación misma, a pesar de que se da en la contingencia, la trasciende. Nos enseña una lengua concreta, vinculada con la contingencia de la situación, esas palabras para esas cosas y no otras, pero así nos enseña también algo, el propio saber hablar, y el pasaje entre la palabra y el mundo, que trasciende esa contingencia. El diálogo con la madre viene antes de nuestro conocer la lengua y las palabras, y si tuviera que decir si es el diálogo lo que abre a la trascendencia de la lengua, o si el diálogo trasciende la lengua misma, me inclinaría por esta última afirmación. El diálogo, *diálogos*, viene antes del *logos*. Es, por una parte, su estructura constitutiva, y, por otra, lo trasciende.

Concluyo recuperando las cuestiones abiertas sobre el imperativo de mi madre: los fines y los contenidos no son lo esencial de lo que ordena, pero esto pasa, en cualquier caso, por la transmisión de los fines y contenidos, los dos se dan juntos y esta mezcla es fatal. Aquí está el núcleo terrible, que hace de la relación y del diálogo con la madre un pasaje tan estrecho, pero que hay que pasar. El *vínculo* o *ligazón* se da mezclado con el *legado*, este último no es lo esencial,

es contingente, pero es esencial que se dé junto con lo que trasciende su contingencia. Como la lengua se aprende mediante palabras, discursos y frases concretas, pero no es la suma de esas frases sino que las trasciende. No hay otra manera, igual que no hay otro mundo si no es desde este. Con esta lengua me es dado el lenguaje, con esta vida se me abre el vivir, en este mundo mío aquí, también todo el mundo.

notas:

1. Las referencias son tan conocidas que no hace falta recordarlas aquí. En mi historia personal, el encuentro fundamental (contingente, pero ¡qué necesario!) se dio con las filósofas de Diótima.
2. Diótima, *Oltre l'uguaglianza. Le radici femminili dell'autorità*. Nápoles: Liguori, 1995.
3. Chiara Zamboni, *Parole non consumate. Donne e uomini nell'linguaggio*. Nápoles: Liguori, 2001.
4. El texto se titulaba "Tu devi". *Un ordine materno*, en Diótima, *Oltre l'uguaglianza*, 5-31.
5. En cierto sentido, se podría decir que es un imperativo "formal" porque no tiene contenido, pero en realidad la diferencia está en que es relacional.
6. María-Milagros Rivera Garretas, *La relazione che non ha fine*, "Via Dogana" 55 (2001) 8-9, trad. de Luisa Muraro.
7. Luce Irigaray, *El cuerpo a cuerpo con la madre*. Barcelona: LaSal, 1985.
8. Luisa Muraro ha hablado en favor de un camino que es de "Filosofía práctica, es decir la filosofía de quien piensa a través de la modificación de sí", en su *Partire da sé e non farsi trovare...*, en Diótima, *La sapienza di partire da sé*, Nápoles: Liguori, 1996.
9. Esta elección fue tan decidida (el hablar bien la lengua es un punto de

honor en la familia de mi madre) que mi abuela sigue manteniéndola firme todavía ahora que, con 98 años y ya solo raramente lúcida, sigue dirigiéndose, cuando lo hace, en perfecto italiano a mi madre que la atiende, hasta el punto de que ella ha comentado varias veces, como muestra de su fuerza, que todavía “no se equivoca en una sola palabra”, y sigue haciendo sus bromas bastante agudas.

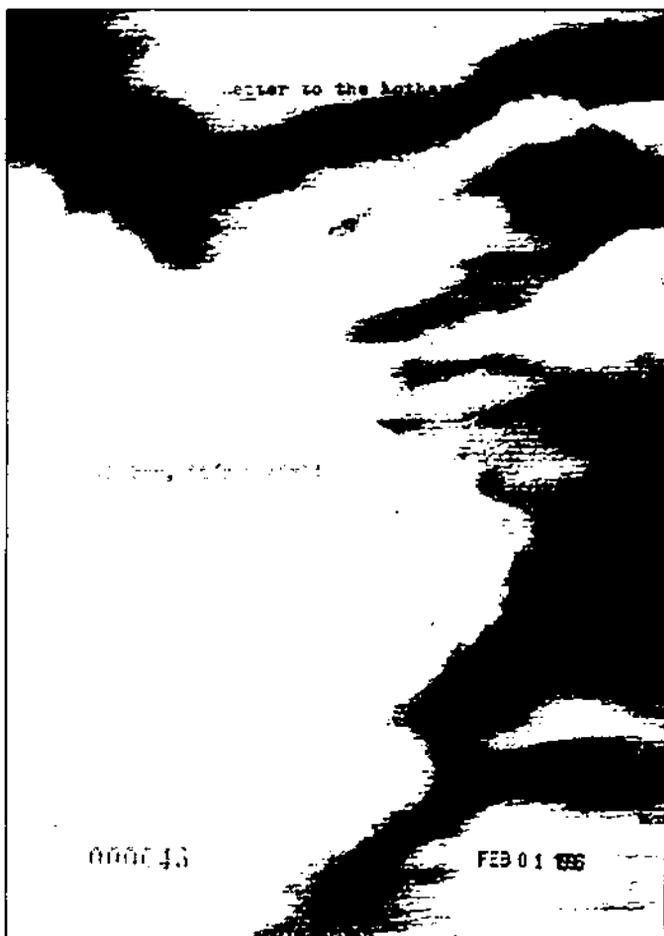
10. Luisa Muraro habla de una relación de rechazo, análoga a la que yo relato, en su *El amor como práctica política*, “El viejo topo” 13-14 (1994). Milagros Rivera habla de ello en su *Mujeres en relación*, Barcelona: Icaria, 2001.

11. Escribe sobre esto en el capítulo *O quien por ella* de su *El orden simbólico de la madre*, trad. de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid: horas y HORAS, 1994.

12. El único modo que tenemos de restituir simbólicamente esta deuda es algo que reinstaure este más de manera que en algún sentido se le parezca. Algunas se hacen madres, otras viven su vida en honor de su madre, de muchas maneras, buscando la perfección, amando, poniendo en círculo virtuoso el más de un don, buscando modos de pagar simbólicamente la deuda. Un modo es también el reconocimiento, el saber amar a la madre que indica Luisa Muraro. Pero hay también algo que se refiere al perdón. Saber perdonar a la madre, por ser ella, precisamente ella, en su contingencia, distinta, en cualquier caso, de la madre.

13. Ludwig Wittgenstein, *Philosophische Untersuchungen*. Oxford: Basil Blackwell, 1953, 65.

14. “Como principios del juzgar usamos juicios”, Ludwig Wittgenstein, *On Certainty*. Oxford: Basil Blackwell, 1969, 124.



Letter to the mother. 2002. Elena del Rivero.